

dió origen al nombre de la confederación *Iru-kéa*, tres humos, que hoy dicen Iroqués.

Y la confederación de los *Iruqués* la formaban principalmente tres tribus, á saber: los Chimuks (*Chimu-a*, mono) que pretendían que la punta de la nariz y la coronilla fueran extremos de una línea recta, ideal de su belleza, para lograr lo cual aplanaban la cabeza del recién nacido, aumentando su deformidad con los colgajos que después sujetaban á sus narices y orejas, lo que les daba el aspecto del mono: los Onondagas (*Ona ona-agas*, región de los buenos) en cuya tribu se elegía el jefe de guerra de la confederación; y los Ongui-ongui (*Ongui-ongui*, buenos buenos) superiores á los demás de la tierra, como se dicen ellos mismos, etimología que concuerda con la eskuara y que justifica las notables calidades de la tribu, pues eran hermosos de cuerpo, valientes, generosos, humanos y los más civilizados de la región.

«La mujer era el alma y el pensamiento del hogar. Criaba al hijo, le daba nombre, lo casaba con una mujer de otra tribu, y al morir le dejaba sus bienes, mientras los del padre pasaban á sus sobrinos. La mujer también era la que, en el consejo de los jefes, congregado bajo la sombra del gran árbol (como acostumbra sus hermanos bajo el gran árbol de Guernika) evitaba la guerra, pidiendo la paz».

¡Admirable organización social la que así dignificaba al ser más bello y adorable de la creación!

Adoraban la Trinidad; el bien personificado en *Enigoria* (*Enia-gorri-a*, cosa amena, alta, deliciosa, roja) el Sol; el mal *Enigonagea* (*Enia-gona-gea*, lo que no está arriba ni es cosa amena ó deliciosa) simbolizado en lo negro, lo profundo, lo oscuro, la Noche; y ambos principios del bien y del mal eran hijos de *Aitaenia* que literalmente dice en basco: padre de lo alto, de lo ameno, de lo delicioso. Definición mil veces más poética y más bella que el *Deus ignotus* de los romanos y el *Innominado* de los griegos.

«La confederación nació de un peligro (la invasión amarilla) y la unión de las tribus fué bendecida por Kionach (*Iaona*, Dios, literalmente *Señor bueno*, en basco) el hombre divino, cuando los bárbaros de los grandes lagos amenazaron destruir sus lares. Reunión de pueblos hecha bajo la base de un arreglo de intereses comunes, en la que cada cual, sin embargo, era libre en sus resoluciones y podía emprender la guerra independientemente de los otros. Su organización era completa, tenían nociones de derecho para el arreglo de los negocios civiles, procedimientos sumarios para la criminalidad — en que el asesino era muerto á su vez por el deudo de la víctima — y bases para el aumento de la confederación, en la que eran admitidas todas las naciones que lo solicitaban, bajo una condición igual, así como eran condenadas á la esclavitud y al tributo todas las que eran conquistadas, práctica cruel que dulcificaba el sistema de la adopción, por medio del cual el vencido podía ser exaltado á la categoría de *irukés*, si una familia lo tomaba bajo su protección. La autoridad del primer jefe no podía desempeñarla sino un individuo de la tribu de los *Onondagas*, los que sobresalían en el don de la elocuencia, y dirigía la guerra con una táctica especial que hizo irresistibles los pueblos de la confederación. Iniciada ésta, si no era posible una victoria rápida, pedían la paz y se retiraban. Hábiles en este sistema, pudieron alcanzar siempre triunfos decisivos — nunca un fracaso — y fué así como vencieron á los eries, á los lenapis y á los mohicanos, los formidables moradores de las orillas del Hudson» (52).

En el extremo sur del continente, perdida entre las brumas antárticas, vive también otra tribu, la de los *Onás* (*Ona*, *bueno*) que también se llaman entre sí «Los mejores de la

(52) D. Decoud. *Atlántida*, París, 1885.

tierra» y cuyas creencias religiosas y organización civil semejan á la de los Onondagas. Habitan en la Tierra del Fuego, en las cercanías de Ushuaïa (*Uts kaïa*, bahía desierta, vacía, hueca) que es también la significación que le atribuyen los indígenas, y recuerda un lugar del mismo nombre en la provincia de Navarra. Restos desgraciados de tribus poderosas que la guerra empujó hasta aquellas frías soledades, pero que aún conservan los rasgos distintivos de su raza, la bondad, el valor, la lealtad y la altivez.

Calló un momento el bondadoso anciano cuya frente surcó profunda arruga, al recordar el mísero estado de sus pueblos que otrora dominaron el planeta... elevó lentamente los ojos hacia el cielo, y dulce sonrisa dibujó su labio como si hubiese visto con los ojos del espíritu la visión del porvenir, pues añadió en seguida:—El fuego quema, el fuego purifica; el oro sale del crisol ya depurado, y el acero también lo necesita para adquirir elasticidad sin perder de su dureza. Así también los pueblos de mi raza, los hijos de *Aitor*, necesitan el fuego del crisol, el sufrimiento, para templar su fiereza, para abatir su desdén hacia otras razas, para seguir la evolución humana, incorporados al movimiento general, marchando á su vanguardia si es posible, pero sin pretender formar columna aparte, como hicieron en épocas remotas. El aislamiento de mi pueblo ha sido la causa de su ruina, como será, por la fuerza de su reacción, la de su gloria.

Después, con lenta voz, como distraído por los últimos resplandores de su visión, siguió diciendo:

Sinchicura, el generalísimo del Ynka Yupanqui, derrotado por los bravos de Arauko, tuvo que sufrir la dispersión de su ejército, pues el camino (camino de los Incas) trazado por él en valles y gargantas de los Andes, era angosto para mover sus hombres en derrota. Así fué que algunos *kura-*

kas, jefes de tribu, azuzados por el aguijón del miedo, más agudo que el acicate del caballo, se lanzaron á través del árido desierto que bordea el mar Pacífico.

Y á millares murieron en las cálidas arenas los jóvenes mocetones de las tribus, á millares, y solos, sin amparo, clamando en su agonía el auxilio de sus padres. ¡Aita!... ¡Ama!... que el eco del desierto repetía vibrando tristemente ¡Aita!... ¡Ama!... *Atacama*...

El puñado que escapó con vida atravesó los rojos pastizales de Kalama (*Kalama*, cáñamo, planta textil que abunda en esa región en estado salvaje) y apagada su sed á orillas de un río que encontraron, pudieron dormir al fin sin sobresalto en las riberas del Loa (*Lo-a*, sueño, río del sueño), para llegar al fin, después de penurias sin cuento, al puerto deseado, Arika, (*Ari-ka*, cansancio, *fatiga*) á quien dejaron el nombre de su sufrimiento.

Bosques inmensos, vírgenes, tan antiguos como el mundo, cubren el vasto espacio encerrado entre las mesetas andinas, el río Paraguay, el Amazonas y las Pampas de Santa Fe; y le llamamos Chaco (*Chas-antaño*, *Jo* plantación) que significa, como veis, antigua, vieja plantación.

Kozko, como decían los indígenas á la capital que hoy llaman Cuzco, fué el centro director, la cabeza pensante del poderoso imperio de los Inkas, y en eskuara significa cráneo, cabeza, que es la parte donde radica la dirección intelectual.

Quito, significa libre, no tributario, y fué efectivamente el único reino que resistió la conquista inkásica, hasta que, por enlace de la heredera del trono, pasó al dominio del padre de Huáscar y Atahualpa, el fratricida, que pagaron con el deshonor, la prisión y la vida, el crimen de lesa libertad que cometió su antecesor.

Otumba ú *Ortumpa* significa en nuestro idioma gran

ruido, gran estruendo y es nombre que dieron nuestros padres á la vasta planicie del Chaco Austral en memoria de la lluvia de aerolitos que incendiaron seculares bosques, cayendo desde el cielo con estruendo atronador. Las enormes masas de hierro que cayeron, como del cielo al fin, patria de la libertad definitiva para los pobres prisioneros de los mundos, sirvieron para conquistar la independencia del pueblo Argentino, y el mismo Wáshington usó de ellas en la epopeya de la libertad yankee ⁽⁵³⁾.

Es también el nombre del llano donde resonaron con lúgubre sonido funerario los últimos disparos de los ejércitos de Hernán Cortés, que dieron en tierra en breves horas con todo el poderío mejicano.

Ohío es el territorio de las florestas rientes y *Ohiana* significa en basco floresta virgen, primitiva.

Pampa es voz afín de Bamba, kichua, y Landa, euskara, significando las tres voces en sus respectivos idiomas llanura extensa, planicie interminable, que conviene con toda propiedad á las inmensas zonas horizontales de la América del Sud.

Chiquitos es el territorio que habitan los hombres de talla más pequeña de todo el continente, en la altiplanicie andina ocupada por los modernos bolivianos; y *chikichua* significa en basco, pequeño, de baja estatura.

Frente casi á la bahía de Choco (*Choco-a*, golfo, rinconada) existe una isla que servía para la deportación de los criminales, y se llama Puna ó Puni, que significa castigo.

—Los ríos, siguió diciendo el sabio Jakinduna—los ríos son á la tierra lo que las venas al organismo humano: vuelven éstas la sangre al corazón, para que oxigenado nueva-

(53) Así lo afirma Martín de Mussy en su «*Description de la République Argentine*».

mente ascienda á iluminar el cráneo con las chispas robadas al sol; y aquellos, que han dejado en las praderas, en los bosques y en el lecho de los ríos la parte fecundante que tenían, vuelven al profundo mar, agitado en eterna sístole y diástole por la atracción del sol, por la luna y los planetas, para volver en alas de los vientos, en ligeras sonrosadas nubes, á coronar las cumbres de las altas cordilleras, prosiguiendo eternamente su ruta inacabable.

Y el padre de mi raza, *Aitor*, el sabio, conocedor de aquel misterio, fundó los pueblos de sus hijos á orillas de los ríos, para que aprendieran en la lección de sus mudas corrientes el problema eterno: todo desciende las corrientes de la vida; todo muere en los senos del mar ó de la tierra... todo es eterno, sin embargo, y vuelve nuevamente á las evoluciones de la vida, regenerado por la muerte.

El agua es indispensable al hombre, para su existencia, la higiene y el placer, y además, las corrientes de los ríos son *caminos que andan*, sin causarnos fatigas ni dolor, y el basco ama el movimiento. Por eso, como habeis visto en esta esfera, son infinitas las ciudades que poblaron los hombres de mi raza á orillas del mar ó de los ríos, mientras pocas, muy pocas, donde falta ese elemento.

Así, los ríos de América llevan todos un nombre de mi idioma, excepto aquellos que la ignorancia ó el orgullo del conquistador han cambiado para satisfacer el fútil placer de la vanidad personal.

Y después de breve pausa prosiguió:

Una serie de lagunas, de profundidad considerable, verdaderos pozos surgentes, que rebalsan por las leyes de la gravitación las aguas infiltradas en las cumbres y laderas de los Andes, ocupan la altiplanicie del paralelo 13° 7' austral y 2° 43' E. longitud O. del meridiano de La Plata, en la pampa de Naväi (*Nava* llanura), sin que hayan podido dar

fondo los exploradores que han intentado sondarlas. De ellas surgen dos hilos de agua, en opuesta dirección, al norte y al sur, que dan origen á dos ríos caudalosos.

El primero por la impetuosidad de su curso, lleno además de saltos, rápidos y cataratas, recibió de nuestros padres el nombre de Ariños (*Ariña*, ágil, andador, raudo, veloz) que los modernos llaman Amazonas. El segundo, el que corre al sud y hoy llamais Paraguay, llamábase Uri-a (*Uria*, agua llovediza,) en atención á la causa originaria de su caudal, y aún conserva el mismo nombre adulterado, *Púri*, entre las tribus que habitan sus riberas.

El océano de agua que inunda periódicamente las praderas del este de los Andes, cerca del golfo de Méjico, nace en las alturas del territorio de Arizona (*Ariza-ona*, roble bueno) sembrado de bosques vírgenes de robledades, y le dimos primero el nombre de Iz-uri, *Missuri*, (*Iz-uri*, mar de agua llovediza) que le conviene exactamente; lo mismo que el de Iz-i-saspi (Misisipi) (*Izi-i-saspi*, siete mares) al caudaloso río, engrosado con los caudales de otros afluentes, que vierte sus aguas en el delta, sobre el golfo de Méjico por siete brazos ó bocas de inmensa latitud.

Su corriente es tan poderosa que baña siete mil kilómetros de ribera, y penetra audazmente en pleno océano, varios kilómetros más, hasta unir sus dulces aguas con las aguas tibias de la corriente oceánica que llamais el *Gulf stream*.

El río Paraná lleva nombre compuesto: *Para*, lluvia, en kichua, y *oná*, buena en kántabro, significando río de la buena lluvia, pues como el Nilo egipcio, fecunda en la época de las lluvias tropicales, por su desbordamiento, las fértiles llanuras que lo encauzan.

El Pilcomayo recoge las aguas de las mesetas orientales de los Andes, como la etimología de su nombre nos lo en-

seña: *Pil*, reunión, conjunto, *Ka*, acción, *maya*, meseta, que tan bien expresa su misión hidrográfica.

Y para terminar la serie de los grandes ríos os citaré el Uruguay, que ofrece dos etimologías euskaras igualmente aplicables, *Uru-uhain*, río de las nutrias y *Uru-ugari*, que significa río caudaloso, pues siendo de los de primera magnitud está también poblado de millones de anfibios de esa especie.

Dióme en seguida la etimología de otros ríos importantes, de segundo orden, que transcribo en seguida por orden alfabético y literalmente.

Apa, descanso.

Apure, miaja, poco caudal de agua.

Ara-gu-ay, destierro.

Arkansa ó *Arka onza*, aquello es bueno.

Ara-urí, aquí llueve.

Aris-pe, robles enanos.

Arizona, robles buenos.

Beni ó *Beti*, permanente.

Guaviare, curvo y correntoso.

Guatuma, choque, tropiezo.

Gila Siltza, manantial.

Guaira ó *Guaia*, lamento. Hay dos ríos y una cascada de este nombre: los tres tienen saltos de agua, imitando, por eufonía, el lamento.

Yapura, juncal en agua escasa.

Juta-il, *Juta* muerto. (El *juta* es ave indígena que abunda en los alrededores de Quito y en la zona sub-tropical). *Il*, significa muerto.

Jaurú ó *Jaun-urú*. Río del Señor.

Loa, sueño.

Marañon, es nombre de un río brasilero y de un lugar de Navarra. (Ignoro su etimología).

Meta, banco de arena.

Oruro ú *Or-ura*, ahí el agua.

Sukia, lumbre, fuego. Era el nombre indígena del actual *Río Primero*, que Don Jerónimo León de Cabrera, su descubridor, cambió por el de *San Juan*, según consta en el acta de la fundación de la ciudad de Córdoba, ocurrida el año 1573.

Xingu ó *Chingu*, río de los monos ó micos.

Uala-aga, río de las correas.

Ukayati (*Ukarda-kaya-ti*), abra pantanosa.

Urapé, agua subterránea ⁽⁵⁴⁾.

—¡ Oh, anciano!—exclamé, admirado de su larga y convincente explicación,—el roce de los años ha borrado el recuerdo de los antiguos habitantes de esta tierra, como borra el simoun de la Libia las huellas de las caravanas del desierto; pero seducido por la magia de vuestras palabras, creo asistir á la resurrección del pasado, á los días gloriosos de la dominación euskalduna en los territorios de esta bella región.

Mas lo que no comprendo es cómo han podido desaparecer de la tierra sin dejar, además de los nombres de sus idiomas, rastros materiales de su civilización, pruebas convincentes de su poderío y dominación sobre las fuerzas vivas de la naturaleza.

En la India dejaron las estatuas Tirtankares, los templos de Elora y de Ipsambul y la ciudad inmensa de Yaoniria; como dejaron en Africa, además de los nombres de ríos y montañas, las ruinas de multitud de ciudades que anoté de vuestra esfera, y en la vieja Iberia europea las tribus de

⁽⁵⁴⁾ Suprimimos sinnúmero de nombres de ríos, ciudades y montes tan euskaros, por ejemplo, como *Iobide*, cerro señalado en pleno Chaco en el célebre mapa de los jesuitas del año 1732, por creerlo innecesario á nuestro objeto y no fatigar al lector.

Kantabria, ciudades numerosas y rastros de su adelantada civilización en monumentos y en leyes ⁽⁵⁵⁾.

—¿Ignorais, pues, joven, amigo mío, que el suelo todo del continente americano guarda las sagradas, colosales reliquias de nuestra antigua dominación?

Más grandiosas que las estelas de Kiros y Kambises, más altas que las pirámides de Keops, más esbeltas que las columnas ó pilares de Hércules (*Pil-ar*, conjunto, montón de piedras ó ladrillos sobrepuestos), más indestructibles que los monumentos de Silsilis y Tebas, los hijos de *Aitor* grabaron en las laderas verticales del Andes gigantesco los fastos de su gloriosa dominación, en inscripciones cuneiformes y jeroglíficos, en extraños alfabetos ideográficos, que sabios tan ilustres como Húmboldt han contemplado con asombro, sin entender su significación.

Irguióse con arrogancia el noble anciano, sus ojos fulguraron con orgullosa expresión, elevó luego la mirada al cielo en la actitud peculiar al hombre que mira sus propios pensamientos, y con acento trémulo de emoción siguió diciendo:

—Antes, mucho antes que los Scyris desembarcaran en las costas del mar Pacífico, para fundar su imperio en la región del Ecuador; antes, mucho antes que Manco-Capac y Mama-Oello llegasen á las cumbres del Huanakaurí á establecer la dinastía de los Hijos del Sol en el brillante imperio de los Incas; antes, mucho antes de las invasiones de los hombres amarillos que brillaron en los valles de Anahuac con el lustre del dominio mejicano.... antes, mucho tiempo

(55) Estrabón, hablando de los túrdulos y turdetanos dice: «Son los más civilizados de los iberos; están familiarizados con la escritura y tienen libros que se remontan á una alta antigüedad. Poseen también poesías y leyes redactadas en verso que, según ellos, datan de más de *seis mil años*».

antes . . . los hijos de *Aitor* construyeron gigantescos monumentos que admiran vuestros sabios en medio las seculares selvas de las regiones intertropicales.

Sobre veintiocho gradas altas cada una de medio metro, y anchas de cuarenta metros, en plano inclinado, que hacía fácil la ascensión, se elevaba el magnífico palacio de Palenque, cuyas soberbias estatuas de piedra, altas de ocho metros, se erguían majestuosas dominando la llanura desde su alteza de cincuenta metros.

Y en medio del gran patio del palacio, sobre un cuadrilátero de diez mil metros cuadrados se iergue todavía, desafiando al huracán y al tiempo, la pirámide de treinta y cinco metros de elevación, exactamente orientada á los cuatro puntos cardinales como sus compañeras de Méjico, de Utatlan y Egipto.

¿Qué pueblo de los otros continentes ha construído un pórtico más soberbio que el de Mitla, en homenaje á los antepasados, asentando sin mezcla, por superposición pulimentada, sobre cuatro monolitos de diez metros de alto, el enorme bloque de veintiocho metros de longitud que les sirve de dintel?

¿Qué ciudad en ruinas, Nínive, Babilonia ó Tebas, ofrece en el día la enorme masa de obeliscos, columnas, estatuas colosales, bajo-relieves, y piedras labradas y esculpidas con arte maravilloso, que ofrecen hoy día las ruinas de Kopan y miden más de treinta millones de pies cúbicos de piedra labrada?

¿Qué valen los dólmenes de vuestros druidas al lado de los treinta mil túmulos construídos por mis antepasados en las vastas llanuras del norte con arte exquisito y proporciones tan grandiosas que —faltos de expresión propia— denominan los yankees *mount builders*, constructores de montañas?

¿Cuál de las pirámides egipcias podría compararse por

su alteza ó su destino, por el esfuerzo y tiempo invertidos en su construcción, á esa enorme pirámide, mausoleo de Koyor, en Kajamarka, donde reposan las momias de cien generaciones, simétricamente colocadas sobre una base de ciento veinte mil metros cuadrados, terminando en la cúspide en una plazoleta de cuatrocientos metros cuadrados, coronada por el templo y la estatua colosal del Sol?

Bi-boila, (dos circunferencias, en eskuara), que Pánfilo de Narváez y Cabeza de Vaca y Coronado visitaron y hallaron desierta en 1538, es toda una revelación.

La enorme ciudad doblemente defendida por dos cinturas de fortificaciones circulares, altísimas, de que da idea aproximada una de sus puertas, alta de seis pisos aún en pie y sólidamente conservada, conocida con el nombre de *Casa grande*, albergaba entre sus muros una población no menor de cien mil almas y el cuádruple, al menos, en la riente campiña que la circuía, cruzada por enormes acueductos y canales de irrigación que asombran al moderno ingeniero ⁽⁵⁶⁾.

Y como éstas, enterradas bajo la pesadumbre de bosques milenarios, existen mil ciudades, que revelarán al estudioso arqueólogo la existencia de una raza inteligente, fuerte, social y religiosa, cuyo nivel intelectual alcanza y supera en muchos casos al de los pueblos asiáticos, egipcios y europeos.

¡Pobre América! víctima del furor religioso y guerrero de la época de su descubrimiento!

Sus monumentos científicos, el saber y la experiencia de mil generaciones, prolijamente conservados en los papiros

(56) En la próxima Exposición universal de Chicago el estado de Arizona exhibirá un facsímile de las ruinas y el plano de los canales en relieve, las estatuas, alfarería, armas, etc., etc., de *Ziboila*, *Cibola* ó *Bi-boila* la ciudad prehistórica recién estudiada. Ultimamente, uno solo de los viejos canales fué limpiado y por este solo hecho quedaron fertilizados 150.000 acres de tierra erial.

de sus templos, sirvieron de fácil combustible que el fanatismo religioso convirtió en pavesas ⁽⁵⁷⁾.

Mas, afortunadamente, aún se conserva la biblioteca que veis, y otras más en sitios seguros; aún existen las inscripciones de los monumentos de piedra que el fuego no destruye; y en sus sagrados caracteres se resume la historia del pasado de mi raza, que algún Champollión ó algun Ebers traducirán con asombro á los idiomas modernos. Ellos hallarán analogías infinitas, identidades absolutas con los extraños caracteres de las medallas iberas, en cuyo bello idioma están escritos, y harán la luz y darán gloria al viejo pueblo de *Aitor*, desconocido y perseguido por los que no han sabido apreciarle.

¡Ah! ¡Ignorábais la existencia de los viejos monumentos americanos!

No sabíais que los artistas que tallaron las piedras de sus monumentos y esculpieron las estatuas, los bajo-relieves y las inscripciones y alegorías de los palacios y de los templos de América, eran superiores á los artífices persas, sirios, indús y egipcios!...

La escultura revela por sí sola el grado de civilización de una raza, mas existen otras pruebas materiales de su adelantamiento en las ciencias.

Recorred los museos y hallareis en ellos cráneos extraídos de nuestras viejas huacas, con más de mil años de antigüedad, en que el bisturí, la sierra y el trépano de nuestros cirujanos operaron con maestría admirable ⁽⁵⁸⁾. Y vereis

⁽⁵⁷⁾ Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, amontonó en una pirámide tan alta como el templo de Mexitli, todos los papiros escritos en idioma jeroglífico é ideográfico que conservaban en sus archivos los sacerdotes *indígenas* como historia y resumen de las civilizaciones aztecas, culhuas y toltecas, dándoles fuego en público auto de fe.... Lo mismo sucedió en Quito y el Perú. Huelgan los comentarios.

⁽⁵⁸⁾ En el Museo de La Plata existen varios facsímiles de cráneos antiguos del Perú, en los que se ve patente la operación del trépano. Esta es una de las últimas conquistas de la cirugía del siglo XIX!

también que la duración del año solar estaba tan prolijamente calculada por nuestros astrónomos del norte y sur del Ecuador, que vuestros últimos cálculos discrepan apenas en *un minuto* con la duración media de vuestro año.

¿Qué más podría deciros, joven amigo mío, para llevar á vuestra alma el convencimiento absoluto de las afirmaciones que habeis oído?...

Una nube de tristeza melancólica cruzó por la frente del anciano, y contemplando con profunda atención la gran esfera terráquea que á su lado tenía, dirigióse hacia ella lentamente, y apoyando el índice de la diestra mano sobre la protuberancia que marcaba la cordillera del Himalaya, después de breves momentos de abstracción me dijo: Oid la ciencia del pasado.

X

El enfriamiento de la tierra y por consecuencia la formación de la costra terrestre, ha empezado indudablemente por ambos polos, achatándose éstos en razón de su relativa inmovilidad, según lo han reconocido vuestros geólogos y geómetras.

Mas hay otra causa que ha escapado á vuestros estudios hasta ahora y que contribuye poderosamente al aumento del espesor de la corteza terráquea; esta causa es la fuerza centrífuga que, empujando las materias más densas que bullen en el centro de la tierra contra las paredes ya solidificadas, las adhiere á éstas y forman paulatinamente las que llamais rocas plutonianas.

Pero es tan considerable la masa de estas materias densas, en relación al volumen total ígneo, que su peso, que aumenta constantemente á medida que se enfría el globo, destruye el equilibrio y produce la inclinación de los polos sobre

el plano de la eclíptica. Este núcleo denso es lo que constituye el *Polo magnético*.

Entre los múltiples movimientos que afectan la marcha del globo terráqueo, los tres principales son: el de rotación alrededor de su eje, que engendra los días y las noches; el de traslación en torno de la eclíptica que produce las estaciones en el período anual; y el de nutación, combinado con la precesión de los equinoccios, en virtud del cual la línea de los polos describe dos elipses en el espacio. Á causa de estos movimientos combinados la estrella polar del norte, que en la época de nuestras observaciones primeras distaba 12° del polo, no dista hoy más que $1^{\circ} 27'$ próximamente.

Para que comprendais mejor estos movimientos, os recordaré que vuestros niños, en sus juegos infantiles, al hacer girar un trompo, producen en él un triple y simultáneo movimiento que imita bien los del globo terráqueo á que me refería; en efecto, el trompo gira sobre su eje, se traslada de un punto á otro y oscila lentamente describiendo un cono cuyo vértice es la extremidad inferior del eje, hasta que, vencido por su peso, desequilibrado, rueda por el suelo y queda inerte.

León Foucault primero, después el padre Secchi y otros sabios contemporáneos vuestros, idearon un instrumento que llamaron giróscopo, con el fin de probar la rotación del globo terráqueo: para ello suspendieron un *toro* de metal perfectamente equilibrado, cuyos ejes descansaban sobre la línea del diámetro de un anillo metálico; este anillo descansaba á su vez sobre dos ejes, perpendiculares al del toro, sobre la línea del diámetro de un segundo anillo metálico, que á su vez se apoyaba en las extremidades de otro diámetro, perpendicular al anterior. Este último anillo, adaptado á una armazón fija, de manera que pudiera girar con la menor frotación posible, ó suspendido á un hilo, permitía

que el toro, á quien previamente se imprimía un rápido movimiento de rotación, girase libremente en el espacio; en cuyo caso se observa que el anillo de mayor diámetro, colocado verticalmente, gira lentamente en derredor de la vertical hasta que el eje de revolución del toro se coloca en el plano del meridiano, apuntando hacia el norte, de modo que la rotación sea análoga á la de la tierra y con igual inclinación polar, de tal manera que el instrumento determina exactamente el plano del meridiano terráqueo.

Mi aparato—prosiguió el anciano—aventaja al de aquellos ilustres sabios bajo muchos conceptos: el primero, en que en vez de un *toro*, que poca analogía ó ninguna tiene con el esferoide terrestre, mi esfera imita minuciosamente la forma de la tierra; el segundo, en que los estudios de mis hermanos, acumulados durante decenas de siglos, me han permitido dar á la corteza del aparato el espesor y peso de la tierra, muy aproximadamente proporcionales: y el tercero, que nuestra química y nuestra mecánica, muy superiores á las vuestras, me facilitan los medios de poner mi aparato en movimiento, imitando el calor central y los movimientos de la tierra en el espacio.

Vais á ser testigo de un experimento, dijo el noble Jakinduna, y tomando varios ingredientes de uno de los estantes del gran salón, y destornillando una pequeña pieza metálica de la gran esfera, los introdujo en su interior con la ayuda de un embudo, después de lo cual atornilló rápidamente el agujero. Puso en seguida la enorme esfera en movimiento rotatorio sobre el eje de sus polos, por medio de un aparato eléctrico, y esperó.

Al cabo de un instante, el anillo exterior que sostenia la esfera se movió lentamente en torno de la vertical, mientras la esfera tomaba exactamente la posición inclinada del eje de la tierra con relación al plano de la eclíptica.

Un ruido leve, sordo, como de materias en fusión, se escapaba del interior de la esfera, y ¡oh prodigio! columnas de humo y lava ardiendo salían del cráter de los volcanes en actividad en nuestro planeta, mientras los polos conservaban su helada temperatura. Mi admiración no tenía límites á la vista de semejante triunfo de la ciencia, y así se lo manifesté al sabio anciano, que no fué insensible á mis elogios.

Observad, me dijo, estos dos volcanes, y señaló el Pichincha en los Andes y el Senkalang que ocupa una de las montañas de Sumatra; distan exactamente 180° , y según mis cálculos actuales, que puede modificar el estudio, serán en el futuro cataclismo los polos helados de la tierra.

La línea del Ecuador será entonces un círculo que pasará por el estrecho de Behring, la costa occidental del Spitzberg, la cordillera que divide Suecia de Noruega, Alemania, Italia, Trípoli, el Fezán, el Sudán, el Congo y Cabo de Buena Esperanza, para cerrar el círculo por Nueva Zelandia, las Marianas y las islas Aleucianas.

¡Qué cambios asombrosos!

Quito será un témpano de hielo, y Estokolmo, Christianía, San Petersburgo y Berlín ciudades tropicales!....

Es posible, añadió, que en una época remotísima que escapa á nuestras observaciones, con ser tan antiguas, la costa occidental del África haya estado unida á la oriental de América (suposición que autoriza la conformación de sus respectivas costas, que se adaptan exactamente si se aproximan sus recortes) y se hayan separado al enfriarse la corteza terrestre.

Mas lo que puede afirmaros es que en la época del último cataclismo, cuando se hundió en los abismos del mar el continente austral y perecieron millones de hombres de mi raza, y desapareció con ellos nuestra benéfica civilización para dar lugar al ominoso imperio de los *Belchas*, el continente

Americano estaba unido á nuestro imperio austral, como lo indican las islas de Polinesia, que eran cumbres de montañas. Gran parte de Europa ó *Euri-opa*, deseo de lluvia, como nosotros le llamamos, y toda la Rusia y la Tartaria eran un vasto océano, cuya mayor profundidad señalan aún el Mar Negro, el de Azoff, el Caspio y el Aral.

Las fuerzas plutonianas determinaron dos movimientos simultáneos de báscula, cuyo eje lo forman las montañas del Himalaya y el Cáucaso que corren del este al oeste, y estos Andes que habitamos que corren de norte á sur. En virtud del primero, al hundirse lentamente las riberas de la India eleváronse las tierras de Tartaria, las estepas de Rusia y toda Suecia y Noruega hasta Islandia ⁽⁵⁹⁾.

El segundo movimiento ha determinado el lento desmoronamiento de las costas de Chile en el Pacífico, mientras las pampas argentinas emergen simultáneamente sobre la superficie del mar Atlántico. Notad que mientras las costas chilenas están cuajadas de islotes, indicio del desmoronamiento de sus tierras, no hay ni una isla en las costas argentinas.

Mas la causa del cataclismo que determinó los movimientos de báscula del Himalaya, el Cáucaso y el Andes, produciendo la sumersión del antiguo *Continente Austral* y los derrumbes de Chile, Perú, etc., etc., en las costas andinas del mar Pacífico, fué esencialmente debido al cambio súbito, instantáneo, del eje del mundo. Este fenómeno explica así el hallazgo de palmeras y otras plantas ecuatoriales en las minas de carbón de Suecia, Noruega, Bélgica, Francia é Inglaterra—lo que acusa su antigua temperatura tropical,—

(59) Observaciones modernas comprueban este curioso fenómeno, en virtud del cual esas tierras se elevan sobre el nivel del mar á razón de un centímetro por año ó un metro por siglo.

como los cadáveres de mammouths y otras especies de elefantes hallados en los hielos del polo boreal, en pleno círculo ártico.

Las carnes de estos animales conservan aún sus largos pelos adheridos á la piel, y los perros esquimales guiados por su olfato, descubren los cadáveres y devoran sus carnes, conservadas frescas gracias á la acción del frío, producido por la gruesa capa de hielo y nieve que les cubre desde hace muchos siglos ⁽⁶⁰⁾.

Procedimiento análogo emplean los modernos comerciantes para la exportación de carnes frescas á los mercados europeos, llevadas á través tres mil leguas de océano, desde las sabanas del «Far west» yankee y desde las pampas argentinas. Si aquellos monstruosos mamíferos hubiesen perecido ahogados, arrastrados por las aguas de un *diluvio*, como sabios ilustres lo han supuesto, hubiéranse corrompido sus carnes en el fondo de las aguas, ó sido devoradas por los peces, ó enterradas por el limo producido inevitablemente por el arrastre de las aguas. De todos modos, hubiéranse podrido.

En muchas otras latitudes del planeta se encuentran fósiles de animales antiquísimos, mas en ninguna parte con las condiciones de frescura y conservación en que se hallan allí y en sus antípodas.

Suponed por un momento que lluvias torrenciales combinadas con un desbordamiento del Río de La Plata, bajo la influencia de la zyzygia y de los vientos del este, produjeran un pequeño diluvio, la inundación de los 40.000 kilómetros cuadrados de tierras anegadizas de la provincia de Buenos Aires fronterizas á la Ensenada de San Borombón.

⁽⁶⁰⁾ Así lo afirman los exploradores del Polo boreal y escritores científicos de nota como Moreau de Jones, en su erudita obra *Etudes préhistoriques*.

¿Qué sucedería?

Una ola inmensa, de cien kilómetros de largo y cuatro ó cinco metros de elevación, coronada de blanca espuma, se precipitaría rugiente, con la velocidad de un potro desbocado, sobre esa región desgraciada, arrollándolo todo, destruyendo los edificios y arrastrando en su empuje irresistible á los moradores y á los millares de cabezas de animales vacunos, yeguarizos y lanares que cubren la planicie. Y cuando la ola gigantesca llegara hasta las tierras altas, llevando en pos de sí los despojos del llano... volvería poco á poco, buscando su nivel normal, al Río de la Plata, dejando en la desembocadura de los riachos y arroyos de desagüe, la multitud de cadáveres arrastrados, deshechos, putrefactos, — montón informe de huesos, de carne y de basofia cuyas emanaciones fétidas corromperían la atmósfera.

Es evidente que ni un solo animal conservaría sus carnes frescas, y más evidente aún, que si ello fuera posible, se corromperían en el acto bajo la acción del sol y el aire atmosférico.

Luego es inadmisibile la hipótesis del *diluvio* como factor de la muerte de los grandes mamíferos del polo, y evidente su muerte y conservación por un brusco cambio de temperatura.

La constante observación de este aparato y otros sismográficos que lo complementan, me autoriza á creer que en el futuro, con anticipación suficiente, podremos salvar la vida de los hombres y, lo que es más precioso, los archivos de la civilización que constituyen la vida del mundo todo.

—Ahora comprendo, dije, la razón que teníais para hablar de latitud *actual* al referiros á varios puntos de la tierra, indicando así la posibilidad de su cambio. Comprendo también vuestras explicaciones sobre el levantamiento del suelo de la Tartaria, de Rusia, de Suecia y de Noruega, transfor-

mando en tierras habitadas el lecho de los mares desecados, fenómeno que ha sido comprobado por observaciones del astrónomo Celsio y del naturalista Linneo; y admito también la posibilidad del cambio brusco de los polos de la tierra, que explica satisfactoriamente la existencia de los *mammouths* cuyas carnes frescas han sido encontradas en los helados desiertos árticos.

Mas decidme, si os place ¡oh sabio anciano! ¿cómo es que que os hallais tan enterado del movimiento científico moderno, citando los últimos descubrimientos y los nombres de los sabios, si no estais en comunicación más que con vuestros hermanos y no poseeis ni un solo libro impreso con los caracteres de nuestra escritura vulgar?

He recorrido vuestra biblioteca sin hallar uno solo de nuestros libros, pues sólo contienen dibujos del natural ó geométricos que comprendo, y papiros cubiertos de extraños signos, incomprensibles para mí. ¿Cómo, pues, adquirís la ciencia contemporánea?

Ah! me dijo, eso que llamais ciencia la adquirimos nosotros muy fácilmente. ¿Sabeis en qué consisten el hipnotismo y la sugestión?

Hipnotismo es sencillamente la exaltación ⁽⁶¹⁾, la sublimación de la sensibilidad de nuestros sentidos, su hiperexcitabilidad; así, una persona hipnótica desarrolla el oído de tal manera que oye la voz de otra á través los ruidos de una ciudad bulliciosa, y obedece en el acto las *órdenes mentales* que se le dan ⁽⁶²⁾. Otra persona ve la hora en un cuadran-

(61) Charcot. «Note sur les divers états nerveux déterminés par l'hypnotisme». (Progrès Médical 1882, pag. 126).

(62) El obispo de Chalons (Francia) ordenó *mentalmente* á Dionisia Parisot viniera á su presencia para ser exorcizada, y se presentó inmediatamente, á pesar de vivir ella en un barrio apartado de la ciudad. El mismo obispo ordenó *mentalmente* á la hermana Borthon, en el período álgido de sus convulsiones, viniera á prosternarse ante el Santísimo Sacramento; obedeció en el acto, con extraordinaria diligencia. «*Magnétisme et Hypnotisme*» par le Dr. A. Cullere. Cap. III. Paris, 1887.

te del reloj de una torre á diez kilómetros de distancia, mientras que, en su estado normal, nada vé á igual distancia. Y como estos, mil otros casos curiosísimos.

La sugestión es la trasmisión de nuestra voluntad á otra persona. Nuestros Djoguis, cuyos centros de estudio radican principalmente en tres puntos de la India, el primero á orillas del Ganges, el segundo en las costas de Oriza, y el tercero al sud de la península India, comunican entre sí hipnóticamente, de una manera regular, á través de cientos de millas de distancia ⁽⁶³⁾.

Para no citar más, os ofrezco el testimonio de vuestros hombres de ciencia moderna, de vuestros prelados y de esa notabilidad cuyas palabras son oráculos y llamais M. Charcot.

Llamad fluído magnético, llamad radiación nerviosa ó fuerza hipnótica al agente ó fuerza intermediaria entre el sujeto y el operador; llamadla como querais, que el nombre poco importa cuando convenís en la existencia de esa *fuerza*; y puesto que el nombre nada influye en el hecho que quiero explicaros, admitid por un momento que esa fuerza sea la electricidad.

El cerebro del sugestionador está, pues, en contacto con el cerebro del sujeto, y por medio de esa corriente eléctrica trasmite su voluntad, *sugestiona* al cerebro del sujeto.

Leer mentalmente, ó *pensar*, es *hablar* pianísimo, mas suficientemente alto para hacer vibrar el tímpano de nuestro oído, y hacernos percibir los movimientos musculares de la lengua, etc. Es una verdad que podeis comprobar en todo instante, aunque ha escapado á vuestra observación.

¿Habeis visto un fonógrafo y conoceis su mecanismo? Pues de manera análoga se graban los sonidos en nuestra

⁽⁶³⁾ *Revue des journaux et des livres*. 1885, núm. 23.

masa encefálica por medio de la vibración de la membrana y de los nervios y músculos de nuestro aparato auditivo. De igual manera, aunque por distintas vías, llegan al cerebro las impresiones de la vista, del gusto, etc., pues la luz, como sabeis, no es más que un modo de movimiento, como el calor, como el sonido.

Luego la sugestión es un proceso análogo á la telefonía, telegrafía y fonografía, en que *esa fuerza* que hemos convenido en llamar eléctrica, lleva á otro cerebro y graba en él los *sonidos* emitidos por el sugestionador. Esto es evidente.

Nosotros nos valemos de igual procedimiento para *absorber*, diré así, pues no hallo más gráfico vocablo, los pensamientos más recónditos de los sabios cuyos conocimientos queremos adquirir; sin que varíen en nada las condiciones mecánicas de vuestros procedimientos sugestivos, pues el gasto de fuerza es el mismo.

Suponed una bomba de doble movimiento: vosotros os servís de ella para *impeler*, nosotros para *absorber*; vosotros para hacer pensar á otro con vuestro cerebro, nosotros para pensar con el cerebro ajeno: el mecanismo es el mismo, todo es igual... menos los resultados; pues mientras vosotros sembráis, y casi siempre, sobre rocas áridas que esterilizan la semilla, nosotros cosechamos los ricos frutos de las inteligencias más privilegiadas.

Y pues acostumbraís dar un nombre á todo invento, llamad á este micro-tele-fonografía.

Además nos servimos del hipnotismo y de la sugestión para la educación é instrucción de la juventud que dedicamos al sacerdocio y al magisterio, que todo es uno entre nosotros, y así estamos seguros de la moral y de la sabiduría de nuestros descendientes.

Creo inútil advertiros, añadió, que para producir en nosotros esa excitación hipnótica tenemos mil medios: fijar la

vista en un punto negro dentro de un círculo de igual color pintado en un plato blanco, mirar fijamente la extremidad de la nariz propia, ó una luz viva, etc., etc., pues son procedimientos que también vosotros conoceis.

Quiero sí comunicaros otra aplicación de un aparato que llamaremos auto-micro-fonógrafo, usado por nosotros desde la más remota antigüedad, como lo prueba la Esfinge de Gizeh, como llamais vosotros á la soberbia escultura que acompaña en los desiertos egipcios á las colosales pirámides. El verdadero nombre de esa escultura es *Gizon*, que en el idioma sagrado significa *hombre*, y cuya alegoría, simbolizada por su cuerpo de león, sus senos de mujer y su cabeza de hombre, representa: por el león el poder y la fuerza de mi raza, por los senos de mujer la fecundidad y extraordinario número de pueblos salidos de su estirpe, por la cabeza la inteligencia soberana, la dominación incontrastable del rey de la creación.

—Mas, ese aparato que decíais?...

—Ese aparato es aquel tocado extraño que cubre la cabeza de la esfinge y no ha sido ni podido ser comprendido por vuestros arqueólogos; aseméjase por su forma al gorro frigio, y cubre ambas orejas con anchas cintas que sirven para sugetarlo por debajo de la barba; pero en realidad es un aparato que se adapta exactamente al cráneo, y por medio de un mecanismo delicadísimo recibe en un cilindro, provisto de una cinta sin fin, los menores sonidos salidos del cráneo por ambos oídos, y los más imperceptibles movimientos del sistema craneano.

En una palabra, este aparato, en estado de vigilia como en el sueño, registra todos los pensamientos del hombre que lo tiene sobre su cabeza, pues ya os he dicho que *pensar*, es *hablar*.

Así consiguieron nuestros sabios antepasados conocer los

misterios del sueño; así conseguimos conocer la índole interna de cada uno de nosotros, y dirigir sus estudios por el sendero de sus aptitudes especiales; y así hemos logrado grabar esos pensamientos fugaces, esos chispazos de la inteligencia que parece tanto más vívida cuanto más profundo es el sueño del cuerpo, y han sido, muchas veces, el punto de partida de admirables descubrimientos científicos.

En cuanto á esos extraños signos, esos jeroglíficos de que veis cubiertos los papiros de mi biblioteca, es un sistema de escritura que condensa en el menor espacio posible los más sublimes pensamientos: esos signos, que si usara vuestros términos llamaría taquigráficos ó estenográficos, son al habla y á la escritura lo que el álgebra es á la aritmética: la simplificación, la exposición lacónica, clara, exacta y sencilla de nuestros pensamientos.

Vuestros sabios modernos no tendrían tiempo para leer lo que sus colegas escriben, y se han visto obligados á subdividir en mil ramos diversos el árbol de la ciencia, dedicándose cada uno á su especialidad: así, entre vuestros médicos, uno se dedica á las enfermedades del oído, otros á las de la vista, aquel á las mentales y el otro á las cardíacas, etc., etc. Y si eso sucede en vuestra civilización naciente, ¿qué será en la nuestra, que cuenta decenas de millares de años de estudio y observaciones?

Toda civilización avanzada tiende á simplificar y *cientificar* su lenguaje y su escritura, y la vuestra, que ya llega á ese período, comienza á notar ese inconveniente y á buscar los medios de remediarlo ⁽⁶⁴⁾.

(64) Mi distinguido amigo y colega profesional, el senador Rafael Hernández, abunda en iguales conceptos. Séame permitido invocar la opinión de uno de los hombres más laboriosos, inteligentes y buenos que conozco, y á quien el pueblo, con intuición maravillosa, rodea de especiales simpatías. ¡Go ahead!

Ahora que he satisfecho vuestra legítima curiosidad, voy á obsequiaros con uno de esos aparatos, para que cubrais con él vuestra cabeza y sepáis mañana cuanto penseis ó habéis esta tarde, cuanto soñeis esta noche.

Y llamando á Izara, me dieron uno á modo de sombrero que se adaptaba perfectamente á mi cabeza, y mostrándome una especie de fonógrafo, me dijo Jakinduna: Mañana colocaremos la cinta en el cilindro de este instrumento y con ayuda del micrófono oireis vuestros propios pensamientos.

Poco después reclinábame en mi lecho pensando en las extrañas revelaciones del anciano.

¡Cuán profunda era su ciencia! ¡Cuán misteriosa su existencia solitaria!

Y entre tantas emociones como sintió mi alma en las breves horas que habitaba aquel cráter convertido en templo de la ciencia, mi pensamiento no se apartaba del futuro cataclismo que cambiaría los polos de la tierra, ni de ese otro fenómeno admirable *¡oir mi pensamiento!*, ni de los brillantes destinos de mi raza cantados por Izara y predichos por el sabio Jakinduna, en esta Ugaría que es la patria de mis hijos.

Al fin, rendido de cansancio, me dormí con un sueño nervioso y agitado, en medio al cual creía percibir un movimiento de trepidación como el que oí en el fondo del cráter de Beltzur, y los mismos ecos sordos, acompasados, que enrojecían la blanca lava y hacían subir su nivel hacia la boca.

Los ruidos continuaban aumentando en intensidad y llegaban á mi oído claros, distintos, amenazadores.

¿Se habría equivocado el sabio anciano y el cataclismo estudiado por él con tanto esmero iba á producirse de improviso? Entonces mi muerte era segura y la salvación imposible, pues habitaba encima mismo del cráter de un volcán!...

Gruesas gotas de sudor manaron de todos los poros de mi cuerpo y una angustia infinita embargaba mi alma á me-

dida que despertaba de mi sueño y oía más distintamente los ruidos siniestros que subían del rugiente cráter.

De repente prodújose una violenta conmoción: crujió el suelo y sentí el ruido sibilante de los vapores comprimidos escapando por las grietas abiertas en las peñas, y un grito de suprema angustia se escapó de mi oprimido pecho.

Una luz vivísima hirió mi pupila en ese instante, deslumbrándome y aumentando la sensación de tenebrosa oscuridad que sentía mi alma. ¡Sin duda era la ardiente lava, los fuegos del volcán que iba á devorarme!

Quise huir y no pude, pues mi cabeza tropezó con la roca, y mis manos y mis pies chocaron también al intentar moverlos. Y comprendiendo que iba á morir abarqué con un solo pensamiento mi vida entera—¡mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hijos y mi esposa, enviándoles mi supremo y cariñoso adios!....

XI

Una voz ronca, áspera, sonó á mi lado diciendo lacónicamente: «San Nicolás! ¡Cinco minutos de parada!» al mismo tiempo que un brazo vigoroso sacudía mi cuerpo con rudeza, y añadía la voz: ¡Pronto, señor, que el tren va á salir!

Esta vez abrí bien los ojos, y haciendo pantalla con ambas manos para atenuar la impresión de la luz demasiado viva, ví ante mí la cara roja, de *omelette au rhum*, de un inglés vestido con el uniforme de los guarda-trenes, que por tercera vez me sacudía el cuerpo repitiendo su estribillo: ¡San Nicolás! pronto, señor, pronto!...

¿Soñaba todavía?...

Maquinalmente me vestí, salte al andén y subí á una desvencijada americana, mientras el ronco silbato de la locomotora, semejante al mugido del monstruo del Apocalipsis, volvíame á la realidad.

Amanecía.

Los primeros tintes de la aurora del 19 de Setiembre teñían de rosa pálido las brumas del horizonte del este, y el aire fresco de la madrugada, cargado con las vivificantes emanaciones de las islas del Paraná, que corría á mis pies, hacía estremecer mi cuerpo con extraña sensación.

Las estrellas palidecían lentamente hundiéndose en las profundidades de los cielos á medida que avanzaba el día, cual se ocultan las niñas pudorosas ante la ardiente mirada de los hombres.

Y solo, absorto en la contemplación de aquel grandioso espectáculo de la naturaleza... evocando en mi memoria los extraños sucesos de mi viaje al cráter de Beltzur, permanecí en las orillas del gran río, ensimismado, fijos los ojos en la espléndida estrella matutina, en Izara (*Izan* ser, existir; *zarra*, viejo, antiguo, de manera que *estrella* es sinónimo de remota existencia ó creación), única que aún brillaba, como ligado á ella por magnética atracción, hasta que los rayos del sol borraron su pálido fulgor.

Y el himno de calandrias y boyeros de las islas, y las alegres carcajadas del artístico hornero, y el vocinglero cotorreo de los loros barranqueros, saludando el nuevo día, me trajeron á la realidad de la existencia, aunque sin poderme dar cuenta de cómo me encontraba allí, sin haber salido de Beltzur y á centenares de leguas de distancia.

Tomé del tronco de un chañar de la barranca del río una hermosa y blanca Flor del aire, que en basco se dice Erné, y como la narración de estas extrañas aventuras es mi primicia literaria, le doy el título de *Erné* que significa literalmente, pimpollo, *Primera flor*.

¿Soñaba?

Si la vida es sueño, así quiero soñar.

F. DE BASALDÚA.







